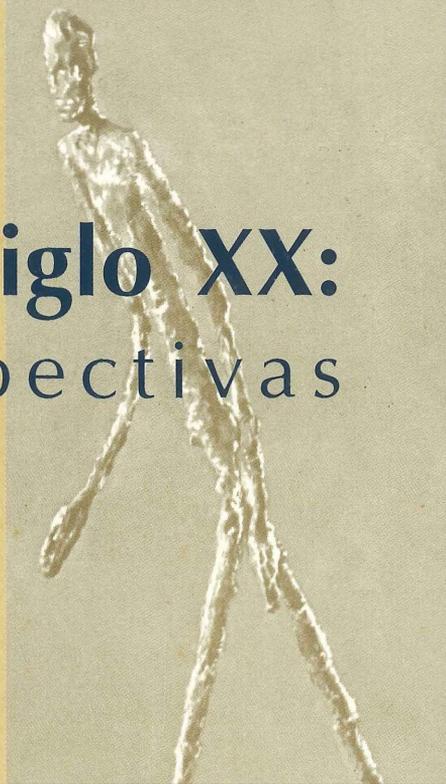


La filosofía del siglo XX: balance y perspectivas

Miguel Giusti | editor



Capítulo 34



Actas del
VII Congreso Nacional
de Filosofía



Pontificia Universidad Católica del Perú | Fondo Editorial 2000

La filosofía
del siglo XX:
balance y perspectivas

Miguel Gisella | editor

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel, Lima-Perú
Telf. 460-0872 - 460-2291 - 460-2870 anexos 220 y 356
Cuidado de la edición: Rocío Reátegui
Diseño de cubierta: Gisella Scheuch

La filosofía del siglo XX: balance y perspectivas
Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados
Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición: julio del 2000
ISBN 9972-42-354-9
Depósito Legal: 1501052000-2618



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
FONDO EDITORIAL

Sobre el saber filosófico y el saber científico. Un aporte desde la filosofía aristotélica y la filosofía de Leonardo Polo

Genara Castillo
Univesidad de Piura

Tanto el saber filosófico como el saber científico, son saberes del más alto nivel en el plano natural y, dadas las sospechas actuales sobre su verdadero alcance, es urgente no olvidar su importancia. Conocer es la actividad con la que se dirige la vida humana por ser la vía que tenemos para acceder a la realidad. Es difícil hacernos cargo de lo que sería nuestra vida sin su dimensión cognoscitiva, porque por más que tratáramos de ponernos en el lugar de los seres privados de conocimiento, como una planta o una piedra, en cualquier caso seríamos sujetos cognoscentes. El conocimiento nos permite hacernos aquello que no somos, pues por su medio el alma es todas las cosas¹; incluso con el mismo conocimiento sensible, uno se hace rosa, mar, etc., al verlos, al olerlos, al tocarlos; si esto acaece con el mero conocimiento sensible, cuánto más lo será cuando se trata del conocimiento intelectual.

Sin embargo, el estudio del conocimiento tiene sus dificultades. La realidad con toda su exuberante riqueza y complejidad, no se entrega fácilmente y no sólo por ser múltiple (es célebre la frase de Aristóteles de que *el ente se dice de muchas maneras*²), sino porque tiene dimensiones que exigen un tipo de actos cognoscitivos capaces de medirse con ellas. Por lo demás, los intentos de hacerse con la realidad han sido también múltiples y variados. A lo largo de la historia ha crecido la intensidad dedicada a esta tarea, y aún hoy nos seguimos preguntando sobre el universo, sobre nosotros mismos, e inclusive sobre Dios. Es de esperar que en el futuro no desistamos de la tarea de alcanzar la verdad.

Por otra parte, nuestro saber no tiene como fin tan sólo a sí mismo, sino que también se aplica a los asuntos prácticos de la vida. Como es claro, al ser humano, a diferencia del animal, no le basta la guía de sus instintos, pero en cambio, tiene a su favor un gran recurso para acertar, es decir, para conducirse en su vida práctica: su inteligencia. Hay una vertiente teórica y una práctica del conocimiento humano. Estos mismos ámbitos han sido acometidos científicamente, dando lugar dentro del cultivo del saber científico a las ciencias teóricas —la física y la biología— y a las ciencias prácticas —el derecho y la medicina—, que desembocan en diversas técnicas.

¹ *Psiché ta onta pos esti panti*. Aristóteles, *De anima*, 431b (libro III, cap. 8). El *pas* de que aquí se habla es el conocimiento.

² *To on légetai pollachós*, Aristóteles, *Metafísica*, 1028a10 (libro VII), *passim*.

Podría parecer temerario plantear filosóficamente el presente asunto precisamente cuando el saber filosófico ha sido y es todavía tan cuestionado, e incluso cuando la propia epistemología y sus supuestos están hoy fuertemente criticados, y cuando por su parte la ciencia se ha declarado en crisis. Sin embargo, la filosofía no puede renunciar, no puede detenerse, no puede decaer en su pretensión de alcanzar el saber radical y por ello iluminante e integrador de las demás ciencias. Trataremos, entonces (dentro de la brevedad que mi intervención requiere), de plantear el asunto del saber humano filosófico y científico, atendiendo especialmente a la relación entre ambos.

Es importante formular acertadamente el tema ya que en el propio planteamiento se compromete el alcance de la cuestión. No es de extrañar la gran complejidad del problema de que nos ocupamos y los múltiples enfoques que ha tenido, muchos de ellos insuficientes. El tratamiento filosófico del conocimiento ha de hacer posible acometer esperanzadoramente la tarea de proseguir la investigación filosófica y científica, así como de entender sus relaciones, tratando de evitar, por un lado, concebir la unidad como totalidad o unicidad, y por otro, caer en la desesperanza, el abandono, y con ello en planteamientos meramente aspectuales y reduccionistas. La complejidad del saber humano no es obstáculo insuperable que impida acceder a su radicalidad y a su carácter integral.

Evidentemente, exponer la pluralidad de enfoques gnoseológicos que se han registrado a lo largo de la historia excedería a esta breve intervención. Se ha recorrido un largo camino desde el espléndido descubrimiento del *nous* por los filósofos griegos hasta, por ejemplo, el gran intento husserliano, a comienzos del presente siglo, de erigir la verdad en fundamento para salvar la filosofía. Ya que me he referido a estos filósofos, conviene recordar lo mucho que se ha avanzado en la sistematización de la ciencia desde la síntesis de Aristóteles (el primero que intentó un saber científico sistemático), hasta las conferencias que pronunciara Husserl en Viena sobre la crisis de las ciencias europeas (1935)³.

Dado que no es posible un estudio suficientemente detallado de la historia del problema del conocimiento, he considerado preferible conceder atención a la formulación inicial y las últimas de este largo recorrido. De todos los filósofos se puede aprender algo, si bien no de todos en la misma medida. A mi modo de ver, la inspiración del aristotelismo no ha sido aprovechada por quienes la consideran una simple fase histórica de la filosofía y no saben actualizar sus principales averiguaciones.

Aristóteles no es sólo un gran filósofo por sus aportes, por su apertura a lo científico, por ser un gran sistematizador, sino especialmente por su propio ejercicio intelectual que nos devuelve la confianza en la capacidad de hacerse con la realidad. De acuerdo con esta observación es posible encontrar una relación positiva de la filosofía con las demás ciencias, y dejar de oponerlas.

Es oportuno poner de relieve la confianza que Aristóteles tenía en el *nous*. Para un aristotélico dedicarse a la teoría es la gran fiesta de la vida⁴. Quizá este gozo, este íntimo secreto, se encuentre en todo auténtico filósofo u hombre de ciencia. Es relevante el ejemplo de los grandes filósofos socráticos, el testimonio del

³ Incluso el mismo Karl Popper, si bien su atención se dirige sobre todo a las ciencias positivas, sostiene una postura optimista cuando habla de *búsqueda sin término*.

⁴ Un aristotélico no suscribe la tesis de Goethe, en su obra *Fausto*, según la cual la vida es verde y la ciencia gris.

ejercicio entusiasta de la vida intelectual. En los momentos actuales es importante ejercer el conocimiento científico y filosófico concentrando en ellos nuestra energía, de manera que pueda sostenerse el esfuerzo que comporta el acometimiento de los difíciles retos que se nos plantean. En la filosofía aristotélica se puede encontrar el impulso, la inspiración, para iniciar la prosecución del saber, precisamente porque Aristóteles es un filósofo que no desiste en la búsqueda de la verdad, aun cuando se haya encontrado con fuertes crisis, con notables aporías⁵. El conocimiento, con todo el esfuerzo que comporta, conserva íntegro su atractivo.

Asimismo, la actividad intelectual, con sus esfuerzos, logros y gozos, es muy pertinente entre universitarios, que somos quienes estamos ahora reunidos. El saber filosófico y el científico han de encontrar en las universidades el ámbito propio para desarrollarse. A la universidad le compete el cultivo del saber al más alto nivel, y a los universitarios les corresponde su incremento, la búsqueda incansable de la verdad. Sin embargo, el crecimiento en el saber parte del hecho de ejercerlo y por tanto de amarlo, sólo entonces se le puede dedicar el denuedo que requiere para sacarlo adelante, y sólo así es posible el diálogo interdisciplinar, convocado en torno al incremento de los conocimientos comunes y a la conquista de la verdad.

El pesimismo cunde cuando no se confía en la capacidad humana para hacerse radicalmente con la realidad; así por ejemplo, el que se cierne con respecto al desarrollo de las ciencias. Si se parte de que la ciencia sólo obedece a paradigmas de época, como dice Kuhn; y que el cambio de modelo no está asegurado porque, evidentemente, la aparición de los genios innovadores es improgramable. Esto es, si nuestros afanes son vanos por carecer no sólo de unidad, sino de continuidad en la marcha de la ciencia, y si por otra parte, el desarrollo de las ciencias ha llegado a ser amenazante para el propio hombre, es imposible justificar el empleo de las energías necesarias para cultivar las ciencias, y por tanto sólo quedaría abandonarse a la desesperanza.

Sin embargo, según Aristóteles la vida, especialmente la vida intelectual no es rutinaria. Por tanto, Aristóteles puede ser de gran ayuda para un hombre que se dedica a la filosofía o a la ciencia, precisamente porque le espolea a seguir investigando a partir de su alta valoración de la vida intelectual. Desde la filosofía aristotélica es posible llegar a la convicción de que, a pesar de algunas nefastas experiencias, la realidad no es enemiga, no es esquiva, no es incognoscible. Por tanto, intentar conocerla no es una ilusión o una vana protección, ni tampoco constituye un peligro para ella; sino que la realidad es cognoscible por ser verdadera, buena, bella, y al conocerla el ser humano es capaz de hacerse con ella sin estropearla.

Este optimismo nace de una vida intelectual intensa, sin resabios, encaminada de un modo diferente a la postura de ciertos filósofos modernos o postmodernos, que se reducen al mero conocimiento de los hechos o de datos aspectuales, limitándose a la verificación empírica, al pragmatismo, a la constatación de resulta-

⁵ Como dice Tomás de Aquino, comentando a Aristóteles, sólo quien considera todas las aporías puede ocuparse universalmente de la verdad; de otro modo, se parece a uno que no sabe a dónde va. Tomar impulso de las dificultades es especialmente necesario para quienes hemos asistido estos últimos tiempos a la acentuación de la crisis tanto en el saber filosófico como en el saber científico, así como también a la vigencia casi total de nefastas ideologías que han asolado nuestra cultura.

dos inmediatos, encerrándose en una perspectiva sin relieves. Estos planteamientos son irremediabilmente estériles.

La dedicación a la filosofía se mide por la profundidad y pertinencia de lo que se espera de ella. Se requiere, desde el comienzo, una gran confianza en la capacidad de la inteligencia humana. Por tanto el emprender el redescubrimiento de los pensadores clásicos como Aristóteles, el actualizar sus planteamientos, el detenerse en sus importantes averiguaciones, teniendo también en cuenta los aportes de los filósofos modernos, es una experiencia muy provechosa y gratificante, a la que invitamos desde estas páginas.

Para Aristóteles, el conocimiento es una actividad vital. Según el Estagirita existen grados de vida, una pluralidad de seres vivos y diferentes modos de crecer. Aunque dedica su atención al estudio de la biología, no se queda ahí, sino que prosigue su investigación sobre la vida, subiendo gradualmente hacia niveles de mayor perfección. La vida humana, a diferencia de la vida vegetal y de la vida animal, es una vida cuyo crecimiento es irrestricto tanto en lo que respecta a su actividad intelectual, como a su dimensión moral.

Es de notar que el planteamiento aristotélico del conocimiento es genuinamente activo. Para referirse a lo que nosotros llamamos acto Aristóteles emplea dos vocablos: *enérgeia* y *entelécheia*⁶. Luego vendrá su formulación lógica, su consideración formal; pero de entrada su planteamiento es profundamente realista. La vida es acto: para el viviente vivir es ser⁷, dice Aristóteles. El interés que en él despierta ese tipo de actividad que posee el viviente, conduce su investigación desde su juventud hasta sus últimos escritos⁸.

En general, para un aristotélico las ciencias ofrecen un campo de mucho interés. En lo referente al tiempo es interesante comparar cómo entiende el tiempo Aristóteles y cómo lo interpretan Kant o Heidegger (el tiempo es inseparable del movimiento, según Aristóteles); en lo que respecta a la vida puede observarse que en su despliegue el tiempo juega a favor del viviente, el cual desde que empieza a vivir organiza el tiempo y lo subordina a su crecimiento. La vida es aquella realidad que aprovecha al tiempo.

Acabo de señalar que el planteamiento aristotélico del conocimiento es activo; sólo recordaré que entre los diferentes tipos de actos la *enérgeia* es el más importante, y por tanto, el que corresponde al conocimiento que es la vida más alta. *Conocer es un acto*, pero no es un acto cualquiera como puede ser por ejemplo el movimiento transitivo cuyo fin no es alcanzado de modo inmediato, sino que se trata de un acto perfecto porque a diferencia de aquél posee el fin al ejercerse: "Puesto que las acciones que tienen un límite ninguna es fin, sino que todas están subordinadas al fin, por ejemplo del adelgazar es fin la delgadez, y las partes del cuerpo, mientras adelgazan están así en movimiento, o existiendo aquellas cosas a cuya consecución se ordena el movimiento, estos procesos no son una acción perfecta (puesto que no son el fin). Acción perfecta es aquella en la que se da el fin. Por ejemplo, uno ve y al mismo tiempo ha visto, piensa y ha pensado, entiende y ha entendido."⁹

⁶ Aristóteles usa la misma palabra —*enérgeia*— para referirse a todo lo que es acto.

⁷ Cf. *De anima*, 415b12-14.

⁸ La noción de *enérgeia* aparece en los primeros escritos, que datan de la época en que pertenecía a la Academia y se mantiene en el *De anima* que es la obra de su última madurez.

⁹ Aristóteles, *Metafísica*, 1048b18-36. Cf. *De anima*, 431a-3-8.

A este tipo de acto Aristóteles le llama también *praxis téleia* (actos que poseen el fin = *telos*). Con todo, cabe señalar que éste no es el único sentido de la *praxis* aristotélica, existen también las *praxis* o acciones éticas, las cuales cumplirían el fin "para algo", y que son producto de la elección del agente: "El principio de la acción —aquello de donde parte el movimiento, o el fin que persigue— es la elección, el de la elección el deseo y la razón orientada a un fin."¹⁰ De esta manera, las *praxis* éticas no alcanzan su fin en su operación, sino mediante su operación. Por tanto, el fin de la propia acción no es ella misma, sino lo que con ella se consigue, lo que el agente se propone¹¹.

En suma, según Aristóteles, conocer es un acto perfecto, que posee inmediatamente su fin. El ejercicio del conocimiento siempre es activo, por tanto se rechaza la pasividad cognoscitiva. Al respecto, señalaremos el siguiente comentario del profesor Leonardo Polo, un filósofo de nuestros días, quien prosigue a Aristóteles: "La facultad tiene una dimensión de pasividad; es una potencia dinámica, activa, pero es una potencia. La facultad sí, pero el conocer (la facultad no es el conocer), el conocimiento tomado *qua* conocimiento, es operación, o hábito, o acto de ser; en cualquier caso acto, y no hay en el conocimiento más que acto, nada que sea pasivo, absolutamente nada."¹²

Declarar que el conocimiento es activo es muy importante y establece diferencias radicales con otros modos de enfocar el conocimiento y su desarrollo¹³. Desde esta formulación del conocimiento como eminentemente activo se puede ver que en la operación se da el objeto inmediatamente, es decir que no hay más operación que objeto, ni más objeto que operación, y en correspondencia, también se puede ver la intencionalidad del objeto, su remitencia, de un modo muy preciso¹⁴. La perfección, la inmanencia, la suficiencia del acto de conocer, de la operación cognoscitiva, es tal que la distingue de la construcción artificial.

El conocimiento es la actividad más perfecta debido a que posee su fin, que es su objeto, inmediatamente. Se conoce y se tiene lo conocido. Ahora bien, en la operación abstractiva, el conocimiento intelectual es antecedido por el conocimiento sensible, toma de ahí la especie impresa, de manera que para ejercer las operaciones de la inteligencia, se precisa que el intelecto agente haga inteligibles las formas sensibles.

De acuerdo con la propuesta de Leonardo Polo, a partir de la abstracción se puede proseguir por la línea de la generalización o de la racionalidad. Es importante tener en cuenta que los actos de conocimiento son muchos y no podemos quedarnos sólo en el nivel de la abstracción, ni en el de la representación y de sus relaciones; tampoco se puede reducir el conocimiento a la racionalidad lógica. Sin desconocer el alcance de cada operación intelectual hemos de intentar ir más allá

¹⁰ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1139a30-32. De todos modos, el acto felicitario para Aristóteles es también *enérgeia*.

¹¹ Cf. Yepes, R., *La doctrina del acto en Aristóteles*, Pamplona: EUNSA, 1993, p. 341.

¹² Polo, Leonardo, *Curso de teoría del conocimiento*, Pamplona: EUNSA, 1987, vol. I, p. 30.

¹³ En la *Crítica de la razón pura* el conocimiento es atendido como una unión de pasividad y actividad, pero de tipo genético. Aunque Kant señala la dimensión activa, la interpreta como una *kinesis*, como una producción. Un especialista en Kant, como es Alejandro Llano, lo reconoce en su último libro *El enigma de la representación*.

¹⁴ Cf. Polo, Leonardo, *Curso de teoría del conocimiento, o.c.*, p. 31ss.

de lo operativo y tratar de alcanzar la esencia y el ser tanto del universo como de las personas humanas.

Si tenemos en cuenta la pluralidad de los actos cognoscitivos, así como su alcance y jerarquía, estaremos en condiciones de reconocer la fecundidad del conocimiento, de establecer el estatuto de las diferentes ciencias, y también de evitar por lo menos la confusión de actos y de niveles en el conocimiento.

Así pues, son varios los aportes que se dan desde la filosofía aristotélica y la de Leonardo Polo y, aunque no podemos explayarnos en cada uno de ellos ni determinar su alcance, sí queremos señalarlos. Aristóteles puede ser continuado fecundamente (en el plano filosófico y en el científico). Así por ejemplo, sin negar el aporte de Aristóteles, al formular la índole peculiar de la operación cognoscitiva, es posible ir más allá de él. Según la propuesta de Leonardo Polo, cabe proseguir la investigación aristotélica y considerar al intelecto agente no sólo como iluminador de las formas sensibles, sino como iluminador de las operaciones intelectuales; para ello es preciso elevarlo al nivel de la persona, al nivel del *esse*¹⁵.

En esta línea es importante advertir que el conocer operativo entendido como posesión inmanente de formas inteligibles, se corresponde con el nivel de la actualidad, es decir de la objetivación y aquí está su límite, porque por ser la actualidad poseída un objeto no puede incrementarse. Por otra parte, el límite intelectual ha sido experimentado por más de un filósofo moderno.

También podemos advertir que si uno proyecta la actualidad, es decir, si no se tiene en cuenta la intencionalidad del objeto conocido, sino que su actualidad se extrapola a la realidad extramental, entonces no acierta a entender el carácter activo, eficiente, que a dicha realidad corresponde. Así por ejemplo, un caballo real no es la idea de caballo, porque el caballo engendra y la idea de caballo no es generativa. Precisamente una de las propuestas que hace Leonardo Polo es la distinción entre la realidad que estudia la física y la metafísica, en tanto que es distinta del acto de conocer, poniéndola más al alcance de las preocupaciones actuales.

La propuesta de Leonardo Polo hace posible proseguir a Aristóteles. La profundidad y riqueza de su filosofía permite continuar el planteamiento aristotélico y superar algunas de sus limitaciones. Siguiendo a Aristóteles se puede ver que toda vida, también la vida intelectual, está destinada a crecer; por ello, cabe tomarle la palabra y hacer valedera esa exigencia de crecimiento irrestricto superando el límite de la objetivación. En definitiva, Aristóteles no abandona la actualidad de la *ousía* (entiende la sustancia como determinada por una forma actual), sino que la supone, extrapolando la presencia del objeto en la mente a la realidad. De acuerdo con esto se puede ver que no supera el carácter de límite que corresponde a la presencia mental, es decir que entiende lo real sin abandonar la actualidad del objeto.

La superación del nivel de la objetivación y del límite que conlleva, exige el ejercicio de otro tipo de actos superiores. No sólo cabe ejercer operaciones, sino que se puede ir más allá de la operación, mediante un acto cognoscitivo superior que conozca aquel acto que es la operación de conocer. A esto Leonardo Polo le llama

¹⁵ Aristóteles no llegó a concebir el *esse*, pero no porque tuviera poca capacidad intelectual, sino por las limitaciones de sus propios planteamientos.

“hábito”, que ya no conoce objetos, como hace la operación que es intencional, sino que es un acto que conoce, que ilumina actos.

A partir de ahí puede adentrarse en una teoría del conocimiento que no sólo se queda en un tipo de actos —las operaciones—, sino que es también una teoría de los hábitos intelectuales. En suma, existen variadas operaciones con sus correspondientes objetos, pero además el conocimiento humano es habitual: existen hábitos intelectuales que permiten conocer actos. Por aquí se llega hasta el nivel del *esse*, que ya señalamos anteriormente, y al cual Aristóteles no llegó, pero al cual es posible llegar desde él.

Finalmente, en lo que respecta a la integración del saber, a su unidad, las averiguaciones de Aristóteles son dignas de tenerse en cuenta. Es oportuno poner de relieve su descubrimiento de la ciencia y su aspiración a elevar la filosofía al estatus de ciencia primera. La filosofía primera incluye el cultivo de cualquier ciencia, abarcando el ámbito entero de la especulación y el trabajo intelectual.

La vida intelectual, como la vida humana o cualquier tipo de vida, requiere radicalmente la integración, la unidad, porque justamente lo contrario de la vida es la desintegración y la muerte. Es importante que los diferentes tipos de saberes estén integrados en la vida humana y en la vida social, y lo es de modo especial en una institución tan importante como lo es la universidad, que tiene la tarea de cultivar las diferentes ciencias. A este respecto podemos indicar que justamente en cuanto al proyecto universitario de integración del saber, el espíritu universal —que es genuinamente universitario— lo puede proporcionar la filosofía aristotélica, ya que está muy abierta a todos los tipos de saber¹⁶.

No obstante, aunque desde Aristóteles se puede dar una cierta unidad del saber, evidentemente, no quedan incluidos en ella saberes desarrollados en los dos últimos siglos de nuestra cultura como, por ejemplo, las ciencias de la ingeniería, las ciencias económicas y empresariales, así como otras ciencias que tienen especial desarrollo en la universidad en la que trabajo. Puedo decir que tras varios intentos de interdisciplinariedad entre los saberes que desarrollan mis colegas, ha sido en la prosecución de la filosofía aristotélica que propone Leonardo Polo donde he encontrado el marco conceptual para la integración de las disciplinas antes mencionadas.

A través de la teoría del conocimiento que formula Leonardo Polo es posible atisbar horizontes más amplios y ambiciosos en lo que respecta a la unidad del saber. Por ejemplo, a través de la distinción que el profesor Polo propone entre la generalización y la explicitación racional, he podido darme cuenta, hasta cierto punto, de la naturaleza de las formulaciones y de las operaciones matemáticas y físico-matemáticas que mis colegas y yo hemos formulado. Me parece que esto es una ganancia en la línea de evitar los reduccionismos y de abrirse al futuro.

¹⁶ “Un aristotélico no tiene nunca miedo a la ciencia, ni la deja a un lado; la considera como una de las grandes hazañas del espíritu. Y además, se mueve en ella sin desconfianzas, con dominio, con cierta facilidad. Aunque después por más que se conozca a Aristóteles, hace falta mucho estudio de los materiales científicos para que esa actitud de superioridad, y a la vez de simpatía, ese afán de asimilación a lo científico, y esa connaturalidad de filosofía y ciencia, se lleve a cabo efectivamente y no se quede en puro programa.” Cf. Polo, Leonardo, *Presente y futuro del hombre*, Madrid: Rialp, 1993, p. 26.